

SANTIAGO RUSIÑOL Y "LOS JARDINES DE ESPAÑA"

ANTONINA RODRIGO

SANTIAGO Rusiñol decía que los jardines eran el paisaje escrito en verso: Poemas vivos de color y aroma. Fue en su primera visita a Granada, en octubre de 1895, cuando el pintor catalán de los futuros «Jardines de España», descubrió la hermosura sensual, luminosa, musical, armonizada belleza y gracia de los jardines de la bella ciudad andaluza. Su fascinación se convertiría en el tema predilecto de su obra de madurez: Jardines de Granada, de Aranjuez, de La Granja, de Mallorca... Para entonces, Santiago Rusiñol era ya un personaje legendario, en el cual

el literato y el pintor contaba menos que el hombre público: Pintor, dramaturgo, periodista, humorista, noctámbulo de café y ajeno, uno de los más vigorosos representantes del Modernismo catalán, que propició la *Renixença*. Había vivido la bohemia parisina de los artistas de su época. Desde Montmartre le revelaron como escritor una serie de «Cartas del Molino», que publicó en *La Vanguardia*. El molino era el de la Galette, años antes de que lo mitificase Renoir, en donde el artista catalán vivía con Ramón Casas y Canudas. Su apasionante vida lo convirtió pronto en un personaje popular, porque con él llegaba lo insólito, la diversión, el ingenio y la

risa. Lo que permitía que se le atribuyesen anécdotas ajenas, asimilables a su talante personal. Su presencia física tenía también un poder sugestivo y atrayente de vitalidad y simpatía: alto, fuerte, de ojos negros y sonrientes, cabellos revueltos, que pronto se tornaron grises, bajo su chambergo de fieltro, larga barba y una pipa que, al decir de G. de la Serna era un «incensario encendido en honor de la vida».

Existe una breve autobiografía, esencial para conocer su rebelión juvenil contra el limitado marco menestral impuesto por la tradición familiar, que le iba a inspirar su obra fundamental: *L'auca del senyor Esteve* (las aleluyas del señor Esteban):

Jardines de Aranjuez.



SANTIAGO RUSIÑOL

«En el barrio de la Ribera, calle de la Princesa, número 37, donde mi abuelo tenía instalado el despacho de su fábrica, nací, a mediados del año 1861 y fui el único de mis hermanos que vivió siempre a su lado. Al quedarme huérfano, siendo todavía un niño, me trató como si fuera mi padre.

«Mi abuelo y su despacho son los personajes que me inspiraron mi comedia *Las aleluyas del señor Esteban*.

«Mi abuelo, que era liberal, me dejaba ir por la calle en épocas de revueltas y motines, porque decía que viendo a las multitudes y oyendo los tiros, me hacía hombre. Sin embargo, no me dejaba ir a la Lonja, a aprender a dibujar, porque decía que aquello era ir contra el espíritu de 'La Puntual'; de manera que, si satisfacía mi afición al dibujo, fue sacrificando horas de descanso y diversiones, ya que no las podía distraer del despacho de mi abuelo. La intransigencia de mi abuelo me privó de pintar, leer y escribir otros asuntos que no fuesen facturas, hasta que no se fue de este mundo.»

De ese mundo de la menestralía que vivió, en su adolescencia y primera juventud hizo un vigoroso retrato de costumbres, con sus tipos y tradiciones en *Las Aleluyas del señor Esteban*, que se estrenó en mayo de 1917, en el Pabellón Soriano del Paralelo. Al cumplirse las 50 representaciones el empresario quiso rendir homenaje al autor. Rusiñol aceptó con la condición de que el producto se destinase al establecimiento benéfico «Casa de Familia». Para divertir al público el dramaturgo ideó salir a escena formando parte de la procesión que tenía lugar en la obra y, con él, personajes del «tout» Barcelona. Fue un éxito clamoroso porque los espectadores reconocían a artistas, políticos, literatos disfrazados de curas, jefes, militares y almirantes. Uno de los grandes alicientes de Rusiñol fue llevar la vida al teatro y el teatro a la vida. En su célebre viaje en carro por Cataluña, con el pintor Ramón Casas se hicieron empresarios de un prestigioso cartelero. Casas pintaba los carteles anunciadores y Rusiñol pronunciaba el pregón. En otra ocasión en la plaza de un pueblo extremeño se puso a vender duros a cuatro pesetas. Con Miguel Utrillo alquiló la caseta y los uniformes de un aduanero a la en-

Santiago Rusiñol, a la derecha, disfrazado, como sus acompañantes, con chilaba y turbante, durante una de sus viejas estancias en Granada. Allí solía ir en borriquillo a pintar al Generalife, a Albaicín o Vixnar.

ARANJUEZ PARA MORIR

«Gloria al gran catalán que hizo a la luz surrica, jardiner de ideas, jardiner de sol, y al pincel y la pluma, y la baba y la risa con la que nos alegra la vida Rusiñol.»

Rubén Darío

«La vida poco importa! —decía, pensativo—. Lo que es horrible es tener que dejar de pintar para siempre. Llegó un momento en que casi no podía andar. Venía a buscarle el coche y le llevaba a Can Pans (1). Allí pasaba casi toda la tarde, silencioso, con la cabeza baja, soñoliento, ¡sí, que había sido tan brillante! El coche iba a buscarle y le volvía a casa. Por la noche, haciendo un esfuerzo, bajaba a La Penjada (2). En los primeros días de junio de 1931, le dijo a su mujer: —Luisa, tendrás que hacerme las maletas. Quiero ir a pintar a Aranjuez. —Pero, Santiago, si no estás bien, si no puedes andar. —Claro que podré. Mis jardines me esperan. Y aquí me consumo. No se atrevió a decir: —Me quiero despedir de ellos—, pero esa lo que realmente pensaba, y lo que nosotros entendimos. Mi madre volvió a hacer las eternas maletas, que ya estaban muy viejas, pues habían sido hechas y deshechas tantas veces, tan alegremente habían rodado por hoteles, fondas y caminos de España. —. Llegó una noche en que no podía dormir. Tenía una inquietud, como si fuese a ocurrirle algo. Me dolía el corazón y una idea fija me atormentaba horriblemente. «Papa ha muerto», pensaba. Y me levanté, aguardando, aguardando lo irreparable. Era las cuatro de la madrugada cuando sonó el teléfono: «Conferencia de Madrid». El corazón no me engañaba. No sabía quien me telefonaba. Pero, antes de que hablase, pregunté: —¿Ha muerto mi padre ¿verdad? —Sí —contestó la voz—. Murió ayer, a las ocho de la noche.

Llegados a Aranjuez, nos contaron que mi padre había llegado muy malito, pero con verdadero delirio por ir a pintar. Parecía que no tuviese tiempo que perder. Tenía prisa, sobre todo, por acabar los dos cuadros empezados. La víspera de su muerte estuvo trabajando toda la tarde. Mas al llegar al hotel, ya no pudo subir la escalera por su pie. A la mañana siguiente, mi madre entró en su cuarto a primera hora, y él, que ya estaba despierto, dijo al verla: —Luisa, ¿por qué me han quitado el lienzo que estaba pintando? No lo voy. Y es preciso que hoy mismo tenga el cuadro acabado.

«Mi madre se asustó. —No te preocupes, Santiago. Yo misma te lo traeré. Y salió, asustadísima, a buscar al médico. Cuando volvió con él, aquel hombre tan equilibrado y de una visión tan clara, ya no conocía a nadie. Apenaba. Sus últimas palabras no habían sido ni para su esposa ni para su hijo. Habían sido para sus obras. Los jardineros de Aranjuez, que le adoraban, habían cortado todas las flores de los jardines para ofrecérselas. De haber podido él abrir los ojos, hubiera visto que no quedó ni una sola de sus flores que no le fuera a despedir. Y como, gracias al afecto de aquellos amigos, su habitación se había convertido en un jardín de los que él amaba tanto.»

(Del libro «Santiago Rusiñol visto por su hija»

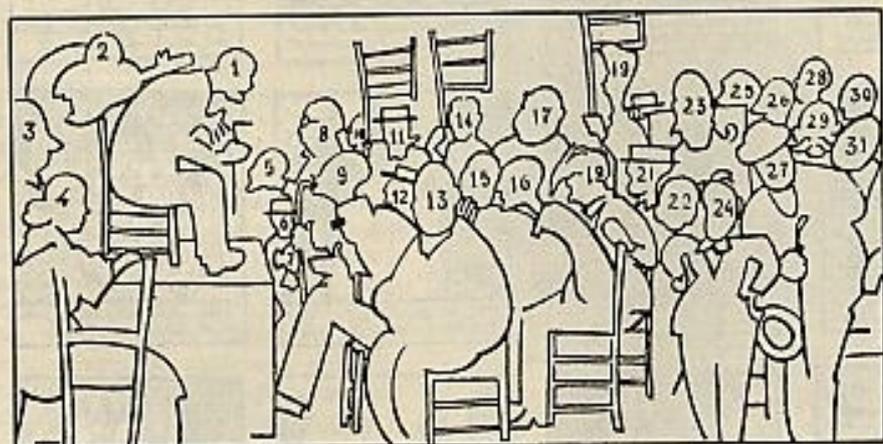
Editorial Juventud
Barcelona, 1963, págs. 174-180).

(1) *Can Pans*. Centro de galería de arte, en la calle Peribá, donde Rusiñol expuso sus cuadros desde 1879 a 1930.
(2) *La Penjada*. Restaurante barcelonés en el Paseo de Gracia, frecuentado por artistas.





Caricatura del Concurso de «Cante Jondo», celebrado en la Plaza de los Aljibes de la Alhambra, el día 14 de junio del año 1922. Fue cedida al Centro Artístico por su autor, Antonio López Sancho.



1. Diego Bermúdez, el Tío Teuzas. 2. Ramón Montoya Salazar. 3. Joaquín Cualyod. 4. Pastora Pavón, la Niña de los Peixes. 5. Valerín Felipe Durán. 6. El Niño del Barbero. 7. La Niña de la Agudera. 8. Francisco Soriano Lapresa. 9. José Ruiz Almodóvar. 10. José Sánchez Puertas. 11. Ruperto Martínez Rioboó. 12. Antonio López Sancho. 13. Ignacio Zuloaga. 14. José García Carrillo. 15. Fernando Viquez. 16. Manuel de Falla. 17. Vicente León Callejas. 18. Federico García Lorca. 19. Hermenegildo Lanz. 20. José Martínez Rioboó. 21. Manuel Angeles Ortiz. 22. Luis Martínez Rioboó. 23. Santiago Rusiñol. 24. Antonio Ortega Molina. 25. José Carazo. 26. Rogelio Robles Pozo. 27. Francisco Vergara Cardona. 28. Fernando de los Ríos Urrut. 29. Santos Martínez. 30. Miguel Cerón Rubio. 31. Ramón Carazo.

trada de una ciudad importante. Rusiñol detenía los carros que iban cargados de aceite y con aire severo preguntaba:

—¿Es aceite lo que llevas ahí?

—Sí, señor, aceite. Voy a pagar el impuesto.

—Guárdate muy bien de tal cosa. No estoy seguro de que sea aceite, prefiero dejarte pasar sin pagar.

—¡Pero... compruébelo...!

—¡Oh, no! Soy muy perezoso. Pasa sin pagar y además toma este duro de parte del Gobierno.

El carretero sorprendido y desconcertado, no podía creer lo que oía, y se alejaba a toda mecha con su cargamento, haciéndose cruces, pensando si no habría entrado ya en la tierra de Jauja.

Andalucía

Rusiñol descubrió Andalucía en un viaje colectivo en unión de los pinto-

res Miguel Utrillo, Más i Fontdevila y Narciso Oller. En Córdoba no se detuvieron porque les pareció de «un islamismo pasado por agua». No supieron descubrir su misterio o, quizá, llevaban mucha prisa por llegar a Granada. A Rusiñol en la ciudad de la Alhambra le esperaba el flechazo a la luz de la luna, según cuenta Josep Pla. En un paseo nocturno a través de laberínticas callejuelas, los recién llegados desembocaron en la plazoleta del realejo: «En el centro de ella, tocada por la luna, había una glorieta de cipreses. Rusiñol se quedó contemplándola durante largo rato. La suavidad de la noche, el silencio de la ciudad, la luz espectral de la luna, los grandes nubarrones en el cielo de un azul profundo, la palidez de los muros encalados, daban a los cipreses de la plaza un aire de ensueño elegante.»

Enamorado de Granada, Rusiñol iría, al conocer la Alhambra, de fascinación en fascinación. El palacio na-

zari lo contempla por primera vez un día lluvioso: «... bajo un manto de misterio. Las nubes pasaban silenciosas y el gran palacio con sus torres rojizas... parecía llorar sus desventuras». Al entrar en el palacio de los Arrayanes queda deslumbrado por la atmósfera sensual y las sensaciones oníricas que asaltan su espíritu: «Sólo en sueños, se podía imaginar aquella alberca de plaza dentro de un patio de mirtos y sobre un lecho de mármol, reflejando en sus quietas y bruñidas transparencias los bucles y filigranas, los dibujos enigmáticos y geométricas figuras, tremolando en ondas maravillosas, y destriándose y fundiéndose en círculos y espirales, hechos de espigas de plata...» (1).

Rusiñol y sus amigos estuvieron varios días «en espíritu, viviendo la vida de la Alhambra, como en una nube de ensueño...». Recorrían las desiertas

(1) Santiago Rusiñol, *Andalucía*. Editorial Selecta, Barcelona 1956. O. C. pág. 1847.

SANTIAGO RUSIÑOL

Las aleyas del señor Esteve es una novela que Santiago Rusiñol escribió en 1907 y, más tarde, él mismo adapta a la escena. Reproducimos aquí las viñetas que para su edición dibujó su amigo, el también pintor modernista, Ramón Casas. Los versos, los puso el escritor y político Gabriel Alomar.

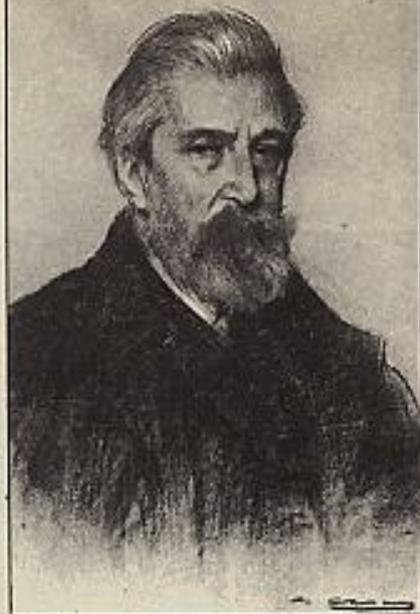
ALELUYAS DEL SEÑOR ESTEVE

- Cuando el Esteve nació no hace frío ni calor
- Del tráfico comercial a la pila bautismal
- Le pesan con la romana, le miden con media caña
- Pintan para el nacimiento todo el establecimiento
- Desde muy pequeño el niño juega con cajas de hilos
- El papo le llenan bien y la cabeza también
- Va a pedreas con prudencia y va cogiendo experiencia
- El niño es buen comerciante y la casa va adelante
- A una mujer ha encontrado y ya la hemos lido
- Y sin perder un momento se prepara el casamiento
- En el jardín General la declaración fatal
- Se casan en San Cugat en paz y tranquilidad
- Es la señora Tomasa una mujer de su casa
- Para que crezca el negocio ni un minuto tienen de ocio
- Hacen una chuletada en la Montaña Pelada
- Y les da Nuestro Señor un fruto de bendición
- El buen Ramonet crecía en aquella mercería
- Y con toda devoción desfila en la procesión
- Las ideas del chaval perturbaban La Puntual
- Y cuando muere el abuelo le lloran con desconsuelo
- Pues creció La Puntual con su consejo cabal
- Honra aquella mercería la ley de la economía
- Como no sufre desgracia se compra una casa en Giria
- Amenaza La Puntual un desastre general
- Para no ver la tragedia van un día a hacer comedia
- Pero estalla el temporal y se hunde La Puntual
- Y aquí se acaba la historia que Dios los tenga en su gloria.

L'AUCA DEL SENYOR ESTEVE



salas, con techumbres y arcadas sostenidas por prodigiosas columnas y capiteles, sintiéndose poseídos por la intimidad de los jardines y sus rumorosas fuentes derramadas en arriates. Hasta que un día violaron aquella quietud unos ruidos secos de la Torre de Comares. Eran unos carpinteros que improvisaban mesas para un banquete ofrecido al politicastro de turno. Aquella profanación en el templo de la belleza les hizo huir del palacio. Al salir en la plaza de los Aljibes se encontraron con un tipo, figura decorativa y estereotipada de José María «el Tempranillo» o de Diego Corrientes: Era un gitano viejo, de buena planta, que salía al paso a los visitantes, se dejaba retratar por unas monedas en la Puerta del Vino y vendía unas tarjetas postales con su retrato, en cuyo dorso se leía: «Mariano Fernández. Príncipe gitano. Modelo de Fortuny». Se trataba del célebre «Chorrojumo» (Chorro de humo por lo negro de su piel), que en sus tiempos jóvenes había posado para el pintor Mariano Fortuny, en los años en que el pintor catalán vivió en Granada. Desde entonces, el gitano se había convertido en modelo profesional de pintores románticos que llegaban a la Alhambra buscando el tipismo, pasto también de los primeros objetivos de las máquinas fotográficas. «Chorrojumo» persuadió al grupo de pintores catalanes de que le acompañaran a visitar el Sacromonte, el barrio de los gitanos. A la puerta de las cuevas solía haber un burro atado. Rusiñol quiso comprar uno para que les llevase los trebejos del oficio, los caballetes y las cajas de pintura. Precisamente aquel día era la jornada semanal de la feria de ganado, que se celebraba en la plaza del Triunfo. Y allí los condujo su *Alteza*, como los catalanes llamaban a su guía. En cuanto se corrió la voz que «unos payos extranjeros» querían comprar un borrico, los pintores se vieron atrapados por una nube de chalanes. A porfía, con facundia y alarde oratorio, en la más castiza jerga calé, le ofrecían tronadas mercancías que vendían gracias a su deslumbrante ingenio. A Rusiñol, más que la compra le fascinaba el trato, el arte del chalanero. De todas las ofertas eligieron a una borrica parda llamada Cepriana, por la que pagaron dos duros. En cuanto se cerró la venta, la burra, obedeciendo a no se sabe qué designios, se tiró al suelo y no había manera de echarla a andar. El animal permanecía impasible a los requerimientos de sus nuevos dueños y a las maldiciones gitanas: «Levántate Cepriana, mal enterrá te vea». «Matá, si ahora va a comé ca día». Al final,



Santiago Rusiñol, retratado por Ramón Casas.

Cepriana se levantó y los pintores la subieron por las cuestas, tirando del ronzal, hasta la pensión Alhambra, donde se alojaban. Al parecer todo se arregló en cuanto la Cepriana comió tres días seguidos. Hasta nosotros ha llegado una fotografía en la que Rusiñol cabalga sobre un borrico, vestido de moro. No podemos asegurar si se trata realmente de la burra Cepriana, ya que en sus estancias, Rusiñol, acostumbraba a alquilar una borriquilla a la entrada de la Carrera del Darro, para sus desplazamientos al Generalife, al Albaicín o a Viznar...

El amor por Granada iba a echar profundas raíces en Rusiñol, tanto en el hombre como en su obra. Esta primera estancia en la ciudad duraría varios meses, y en ella empiezan a germinar sus «Jardines d'Espanya». A Daudet le escribe su entusiasmo: «¡Si supieses qué contento estoy! Cuando cae la tarde en el Generalife delante de la tela y de la caja de colores, no siento pasar las horas. En Andalucía siempre hay alguien que canta en el camino...»

El polifacético artista vivió y pintó intensamente en Granada y, al tener que abandonar la ciudad, lo hace con nostalgia. Deja muchos amigos, esa amistad fraternal, alegre y bohemia que sabía despertar siempre, y se lleva en sus telas rincones de patios y jardines y su deslumbrante luminosidad.

El diario «El Popular de Granada», de enero de 1896 al hablar de Rusiñol comentaba que en una reciente carta el pintor, por tres veces repetía: Desde que me fui de Granada no tengo otra idea que volver a ella. Meses más tarde en la barcelonesa Sala Parés, ya exponía cuatro paisajes de jardines granadinos. Y este mismo año, en el salón du Champs de Mars, de París, exhibe ocho cuadros de la

misma temática, entre ellos el famoso patio alhambrense de la Alberca, y la crítica francesa no tiene elogios más que para sus telas, manteniendo silenciosa actitud para los cuadros presentados por otros artistas catalanes. Pero el éxito no acaba aquí, Luxemburgo adquiere este año de 1896 el cuadro «Jardines árabes de Granada», destinado al Museo-Palacio de esta bella ciudad.

En las Exposiciones Nacionales de 1908 y 1912, Rusiñol obtuvo sendas medallas de oro. La temática de los dos premios son sus célebres jardines, que constituirá la tercera etapa de su proceso pictórico. La primera va de 1875-1889, en la cual está fuertemente influido por la pintura que se hace en aquellos momentos en Cataluña. La segunda la sitúa en 1889-1899, es el período parisino. Su generación es la primera en elegir París y no Roma, para estudiar las nuevas corrientes, que rompen con el academicismo y las formas establecidas. En París pintará interiores y retratos. En Montmartre conoce la nueva pintura de Toulouse-Lautrec, Manet, Monet, Renoir...

El Cau Ferrat y la Cofradía del avellano

En el último viaje a España del pensador y diplomático granadino Angel Ganivet, antes de que se arrojase a las heladas aguas del río Dvina, en Riga, entabla amistad con Santiago Rusiñol y el grupo del *Cau Ferrat*: Miguel Utrillo, Enrique Morera, Modesto Sánchez, José M.^a Jordá... El escritor granadino llega a Sitges el 16 de agosto de 1897. La Bella Sebur celebra las fiestas mayores de San Bartomeu: gigantes comparsas, mogingangas y, sobre todo, atronadores *morters* y *enventament* de las campanas y la cuarta «Festa Modernista». En este ambiente, Ganivet se apresura a informar a sus contertulios de *La cofradía del Avellano*, en crónica de urgencia, destacando el homenaje al Greco, que el *Cau Ferrat*, «... el núcleo artístico más activo y vigoroso de Cataluña entera, el santuario del *modernismo* español», que dirige Rusiñol, prepara al pintor cretense, al que le van a erigir un monumento por suscripción popular. Esto es precisamente lo que maravilla al andaluz, de este pueblo de apenas cuatro mil habitantes.

Días más tarde le escribe a su amigo Nicolás María López: «Pronto irá a Granada Santiago Rusiñol, y algunos amigos del *Cau Ferrat*. He

trabado con ellos gran amistad: y son jóvenes entusiastas, Rusiñol es pintor y escritor fecundo y de los buenos. Les he dado carta para la *Cofradía del Avellano*; dirigida particularmente a ti, Matías y Gabriel, por si está ahí. Hay que tratarlos sin cumplimientos y ver si anudamos buenas relaciones entre la *Cofradía* y el *Cau*, que es hoy el centro artístico del modernismo catalán». La amistad de los intelectuales granadinos refuerza los lazos de Rusiñol con Granada, en su estancia de 1897. Aunque Ganivet desaparece en noviembre de 1898, el mismo año que nace Federico García Lorca, será la generación del poeta granadino y la de Salvador Dalí en Cataluña, quienes continúan esta relación e intercambio amistoso e intelectual, a través de *Gallo*, revista granadina que dirige García Lorca y *L'Amic de les Arts*, de la joven vanguardia catalana, cuya sede está precisamente en Sitges.

El polinario

El cuartel general de Rusiñol, en sus recaladas en Granada, fue *El Polinario*, la taberna culta de la calle Real de la Alhambra, en pleno corazón alhambrense. Era la única arteria viva del palacio, dormido en sus estanques, y sus moradores los más celosos guardianes y propagadores de las bellezas de la Colina Roja. Los huéspedes permanentes de sus familiares pensiones, eran gentes sensibles, bohemias, estrafalarias, naturalistas, como aquel que coleccionaba mariposas y coleópteros, que nos describe María, la hija de Rusiñol, en *Santiago Rusiñol visto por su hija*. Viajeros atraídos por las lecturas de los Cuentos de la Alhambra de Washington Irving y otros relatos de los escritores románticos franceses e ingleses, pintores, escritores, poetas, músicos. La calle acababa en el convento de San Fran-

cisco, hoy convertido en Parador de Turismo, antes residencia de pintores. Los huertos de los carmenillos y de las casas, desbordaban por sus encañadas tapias melenas de campanillas, madreselva y jazmineros. En los patios de las casas, alrededor de la sonora fuentejilla o el pilar, crecía el mirto y el arrayán. Era un lugar apacible, de soledades sonoras de agua y deslumbrantes puestas de sol. Pero el alma de la calle era la taberna-mesón *El Polinario*. El Polinario era el nombre artístico de don Antonio Barrios, padre del guitarrista y compositor Angel Barrios. El tratamiento de don no le venía de ningún título universitario, sino de esa gran intuición del pueblo. El origen de aquel nombre lo explicó el célebre tabernero a Eugenio D'Ors, quien nos lo transmitió en su poema «Noches de Granada»:

... *Luces también en la casa, que llaman del Polinario cuando llegamos allí, el portón está cerrado.*

Llamaré con recios golpes, hasta que aparece el amo:

—*El Polinario te dicen y este es hombre muy extraño.*

Así el «Polinario» habló, con un hablar reposado:

«Yo no me llamara así, que me llamo Antonio Barrios.

Apolinar se llamó un abuelo muerto de años.

El nombre pasó a mi padre y a mi también ha pasado.

Y, como en Santa María todo se da al comentario,

rompieron a bautizarme, como a hombre no bautizado.

Polinario me pusieron, Polinario me dejaron.

Y hay cartas hoy, que aquí llegan, de Norte y Océanos

que traen escrito en el sobre el nombre de Polinario...

No era *El Polinario* un tabernero vulgar. A primera vista tenía una humanidad física engañosa: «gordo y barrigoncillo, con cara de pájaro y párpados caídos». Sin embargo, era un hombre de respetuosa cordialidad, palabra discreta y sentenciosa, en ocasiones finamente irónico, lejos de la inconveniente familiaridad, a veces, de las gentes del oficio. Pintaba, tocaba la guitarra y con una voz baja, apagada, pero de ricos matices jondos, ofrecía a sus amigos antiguos cantes en trance de olvido. La taberna del Polinario estaba asentada sobre unos baños árabes del siglo XIV, demolidos en 1534. Por un gran portón se entraba al zaguán de la casilla, y a la izquierda estaba la taberna-tienda,

EL CAU FERRAT

«... entre varios festejos más o menos de convencionales y de relumbrón, sorprende al forastero una inspirada ceremonia: la de señalar el sitio en que ha de emplazarse la estatua del gran artista Domenico Theotocopuli, el Greco. Comprendería sin esfuerzo una estatua a algún personaje que se hubiera inmortalizado trabajando por la concesión de un tozo de canchales; mas no deja de sorprender que un pueblo de 4.000 habitantes haya reunido cerca de 2.000 duros para erigir un monumento a un artista que nunca pasó por Sitges, ni siquiera nació en España. Ocurre pensar que «ese garbazo no se ha cocido en este puchero», y así es la verdad, puesto que la idea ha nacido en el Cau, que aunque está en Sitges, es el núcleo artístico más activo y más vigoroso de Cataluña entera.

«A poco que estéis en Sitges sabréis, si ya no lo sabéis, que Cau Ferrat organizó en tal fecha una representación de *La Intrusa* de Maeterlinck; en tal otra, una procesión para recibir con palmas y olivos los cuadros del Greco, o bien una representación de la ópera *La Fada*, del maestro Morea, o una fiesta literaria, a la que concurren los más notables literatos de Cataluña y de la que quedó un libro precioso. Y ahora, para la inauguración de la estatua del Greco, en la que trabaja un escultor de talento, Reynés, proyecta una exposición de todas las obras del insigne pintor que quedan reunirse y la representación de una tragedia griega en coros. Para estos nobles empeños, Sitges presta su cuerpo gracioso, su playa luminosa, su aireoso peso de las palmeras, sus calles blancas como la espuma del mar; pero el espíritu viene de fuera y anida en el Cau Ferrat.

«Cómo se ha llegado a este curioso fenómeno de sugestión de todo un pueblo por un grupo de artistas, y más que por un grupo de artistas, por un solo hombre de arranque, por Santiago Rusiñol?

«Acaso entre por mucho o por algo el interés, el ansia de prosperar, el convencimiento de que estos artistas, trabajando por el Arte, trabajan indirectamente por el pueblo donde han buscado asilo; pero también hay algo y mucho, de entusiasmo desinteresado, como lo hay siempre por todos aquellos que trabajan mucho y no piden nada. ¡Estamos ya tan hartos de sufrir a los que no trabajan nada y piden mucho!

«El Cau Ferrat nació hace muchos años en Barcelona, en una reunión de artistas. Rusiñol era muy aficionado a coleccionar hielos viejos, y los amigos nombraron al pequeño conclave Cau Ferrat, madiguera de hierro, caverna fúnebra o algo por el estilo, pues con entera exactitud el nombre es intraducible, por el sabor arcaico que en catalán tiene...

«El Cau Ferrat es, en cuanto casa, una casa pequeña y sencilla por fuera, y espaciosa y complejísima por dentro. Es una casa donde se podía vivir, pero donde no se vive. Ha sido ideada por Rusiñol y en ella se combinan mil rasgos personales del constructor con los rasgos característicos del arte gótico catalán; pero lo interesante no es el edificio... Lo que más interesa en el Cau Ferrat es la sugestión que ejerce sobre el que lo visita y lo comprende, la combinación artística que allí ha formado Rusiñol, amplísima, sin dejar de ser personal, con las obras que él hace o admira, o posee por puro capricho.

«Lo que predomina es el hierro, y entre tantos hielos artísticos, la colección inabarcable de aldobas. ¿Será esto una alusión fúnebra y humorística a la necesidad que hay de tener *Buenas aldobas* para prosperar en este mísero mundo...?

«El Cau Ferrat no es un museo ni una exposición; es un estudio donde Rusiñol guarda sus cosas y las de Casas (Ramón) y demás amigos que con él comulgan, y estos amigos no están obligados a someterse a ningunas reglas de Preceptivo; están, sí, obligados a hacer las cosas bien y a hacerlas sólo por el arte, con amor y entusiasmo. Hay aquí, sin duda, algo que viene directamente de París: impresionismo y simbolismo, y toque de decadentismo. Esto alarma a los que comprenden estas palabras de una manera estrecha y ridícula; esto hace pensar a algunos que los jóvenes del Cau Ferrat son unos desequilibrados, que vuelven a España echados a perder por la vida del boulevard. A los que así piensan, les extrañaría encontrar en el Cau más imágenes que en una iglesia; y la sala alta parece la nave de un templo: las obras de Santa Teresa sobre un artil de hierro, y en el lugar de honor dos cuadros del Greco: San Pablo y la Magdalena. Al lado de cuadros o apuntes que son la demencia del arte parisien, hay muchas joyas viejas y venerables de los grandes maestros. Y la impresión clara que de todo se desprende es que el Cau intenta dar un nuevo impulso a nuestro arte, utilizando los procedimientos de las nuevas varias tendencias que por todas partes desputan y apoyando los pies para hacer este esfuerzo en lo más genuinamente español: en el misticismo...».

ANGEL GANIVET

(Artículo publicado en *La Vanguardia*, lechado en Sitges, agosto 1897, incluido después en su libro *La España filosófica contemporánea*). ■ A. R.



En torno a Manuel de Falla, Santiago Rusiñol, Ramón Gómez de la Serna, Federico García Lorca..., periodistas, escritores, artistas, celebrando el éxito del Concurso de Cante Jondo, Granada, junio de 1922.

donde se expendían bebidas y comestibles. En el techo lucían, como hermosas estalactitas, jamones serranos curados en la Alpujarra, que eran la gloria. Lo mejor del establecimiento era el patinillo. Tapizadas sus tapias de campanillas, madreselvas, yedra, que le daban intimidad y frescor, con un pilarillo rumoroso, que en las noches de cante, acallaban, para evitar todo evento de competencia a la guitarra. Al atardecer se iba poblando de gentes que, sentadas en sillas de enea y mesas de madera sin pintar, bien fregadas, consumían el vinillo de la tierra, el sabrosísimo jamón serrano y las crujientes «salaillas» de las célebres tahonas albaicineras. Además de este aliciente estaba la conversación, la divagación, la guitarra y el cante fino, «estilao» a la manera de Juan Breva de don Antonio Barrios. La taberna era el centro de reunión de artistas viajeros que llegaban a la ciudad preguntando en todas las lenguas por *El Polinario*. A músicos, pintores, escritores, les atraía aquella atmósfera de lo culto y lo popular que había logrado plasmar don Antonio. Esta casa fue la sede de Santiago Rusiñol en Granada y nexo de relaciones intelectuales y artísticas y de gentes pintorescas.

Jardines de España

El apasionado entusiasmo de Santiago Rusiñol por las gentes y la vida, conquistaba siempre. En Granada, de inmediato fue acogido con esa generosa y fina cordialidad andaluza. María Rusiñol, en el mencionado libro, recuerda: «Nosotros vivíamos en el barrio de la Alhambra, en una pensión modesta (en aquel tiempo todavía no había hotel). Mi padre pintaba en los jardines del Generalife, y pronto, con aquella simpatía que Dios le dio, se hizo el amo del barrio. Como si aquel catalán hubiera dado un «hebedizo» a los andaluces, todo el mundo se disputaba su amistad. El Ayuntamiento organizaba un banquete en su honor. El Centro Artístico le ofrecía una fiesta campestre con «gaspacho» y otros manjares típicos de la tierra. Más tarde organizaron una «juerga» en el Sacromonte con toda una pandilla de gitanos y gitanas, bailando fandangos y garrotines, en aquellas exiguas «cuevas» donde apenas si cabían...» (2).

(2) María Rusiñol, *Santiago Rusiñol visto por su hija*. Editorial Juventud, Barcelona, 1965. Págs. 124-125.

En *El Polinario* vivió Rusiñol largas temporadas. Cuando no salía a pintar fuera, lo hacía en el estudio de don Antonio Barrios, en la planta alta de la casa. Una sala amplia en cuyas encajadas paredes pendían los cuadros que sus amigos iban dejando: Casas, Hermoso, Zuloaga, Sargent, el dibujante inglés que le hizo un retrato...

De la significación de Granada en el espíritu y la obra de Rusiñol nos puede dar idea su libro *Jardines de España*, publicado en Barcelona, por Thomas, en 1903. La magnífica edición la componían 40 grabados, de los cuales 17 eran de tema granadino: patios de mirto y arrayán, macetas de geranios, fuentes, surtidores, cipreses, el patio de la Alberca, el de la Sultana, el de Lindaraja, los jardines del Generalife, los del palacio de Viznar, el titulado «Jardi abandonat», que luego convirtió en asunto literario, como ocurrió con el tema pictórico «El pati Blau». En una carta a don Antonio Barrios le dice: «Querido Gran Polinario; Tengo grandes deseos de volver a Granada. En América vendí todos los cuadros que había pintado en ese hermoso Generalife, y tendremos que pintar otros. Qué le

SANTIAGO RUSIÑOL

vamos a hacer; así es, que es muy probable que nos veamos este verano». Y en otra: «No hay mes que no piense ir a Granada, de la que conservo tan buenos y cariñosos recuerdos, pero nunca encuentro el momento, aunque creo que no he de tardar en ir. Me llama el Generalife, me llama el Albaicín, me llaman los cármenes, los chatos y las macetas, y me llaman los buenos amigos que dejé allá, usted y su familia, los primeros.» Y en otra: «Gran amigo Polinario: Recibidos y catados los jamones, que me han curado del ataque de mala, etc. (Follá), que desde que estoy aquí no me deja. Le mando un cuadro como recuerdo y agradecimiento de tantos favores como tengo recibidos de ustedes...»(3).

La amistad entre don Antonio Barrios y Rusiñol fue profunda e inalterable. El cariño y gratitud del intelectual catalán era para toda la familia. Afecto que se evidencia a lo largo de su correspondencia. En una de sus cartas recuerda la solicitud que la señora Barrios desplegó en torno suyo, en una de sus recaídas en Gra-

nada. Rusiñol padecía ataques artríticos, que él llamaba «ataques de mala follá», empleando esa palabra tan popularmente granadina, para indicar la «mala sombra». De ahí que cuando un grupo de artistas deciden nombrar al Polinario «Consul honorario de la Alhambra», no es de extrañar que sea Rusiñol, quien redacte con gracia el texto del miniado pergamino, que se puede admirar en el Museo Angel Barrios, en la Alhambra: «Gran Polinario: El gran rey Jaime el Conquistador, nos ha mandado en sus altos designios, un hada del Pensamiento, encargándonos premiar vuestros méritos y virtudes en impertérrito pergamino. Los que seguimos la ruta de poco laurel, poco metal y muchas y variadas espinas, que lleva al templo del arte.

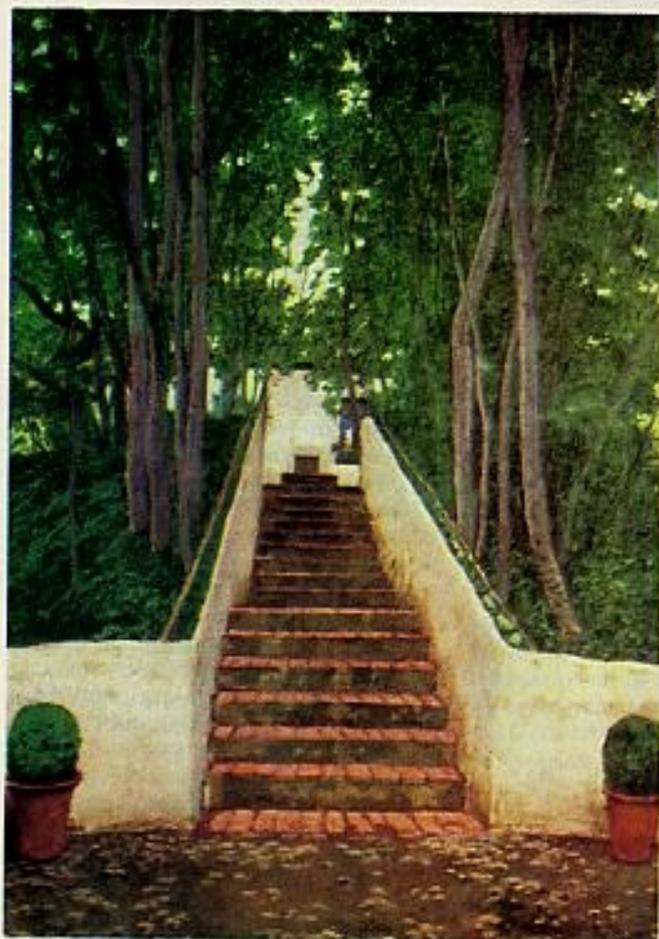
«¡Honor y gloria, Polinario! ¡Honor al hijo de la Alhambra, honor al que vive en las frondas de estos jardines de ensueño, de esos arabescos de encaje, de esa selva de columnas, de esa lluvia de surtidores! ¡Honor al hombre que comparte las necesidades de la carne, ya en jamón de Sierra Nevada, ya en bacalao del Darro, ya en pescado del Genil. Con las sutilezas del espíritu y las bellezas del pincel! Del que hace llorar las seis cuer-

das como seis ayes de su pueblo, y alegra su mente con vino rubio como la puesta del sol; del que abre sus brazos a todo artista, que al peregrinar por el mundo llega a las puertas de su ermita, sediento de ideal y de sus refrescos; al que vende macetas de flores; honor a ti, amigo artista, por encargo del gran rey, que se honra hoy desde la tumba al querer honrar tu memoria.

«La fiesta de hoy es fiesta de todos. Es fiesta de Sol, es fiesta de Luna, es fiesta de noble alegría. Celebran tu nombramiento de Cónsul del Arte en la Alhambra, cuanto canta, cuanto es posesía, cuanto es vida y cuanto es color...

«¡Alah te guarde, cónsul invicto! ¡Alah te guarde como el Patio de los Leones, como la Torre de Comares! Fuerte tu cuerpo como castillo bordado de tu alma de sutilezas! Viviendo tú en esa cumbre. El arte tendrá mansión; el sediento tendrá pilares donde mana el agua de plata; la poesía tendrá templo; y el alma tendrá canciones. Alah proteja tu patio, para reposo del caminante; Alah que es grande, proteja tu casa, para albergue del soñador. Alah viva en ti y tú en El. La Gloria del Corán te bendiga. Las furias velen tu muerte,

(3) Cartas inéditas. Museo Angel Barrios. Archivo del Patronato de la Alhambra. Granada.



«Escaleras y fuentes del Generalife».



«Pelando la pava».



«Gitana de Albaicín».



«La niña de la clavellina».

y te lleven de la mano a la Alta Mansión de Mahoma...

«Guarda en tanto, oh Polinario, el pergamino del Gran Rey. Es prenda de paz, estímulo de gloria y testimonio de tu valor. Guárdalo en lugar sagrado, en la Alcazaba de tu hogar, en el Mirab de tu casa, y cuando el que no sea ungido por la Invicta causa del Arte, quiera hollar estos lugares do reina la Santa Belleza, él te sirva de arma y escudo, para vencerle y humillarle.

«Tu misión es grande, Polinario. Guarda la paz de la Alhambra, y ampara a los peregrinos. Esta es nuestra voluntad. Alah te ilumine y te guarde!» (4). El pergamino lo firmaron: Manuel de Falla, Jacinto Benavente, Gregorio Martínez Sierra, Joaquín Turina, Eugenio D'Ors, Manuel Machado, Vicente Escudero, Francisco Moreno Torroba, Joaquín Sorolla, Cecilio Plá, Ignacio Zuloaga, Dario de Regoyos, José María Rodríguez Acosta, Natalio Rivas...

Rusiñol, «rey del cante jondo»

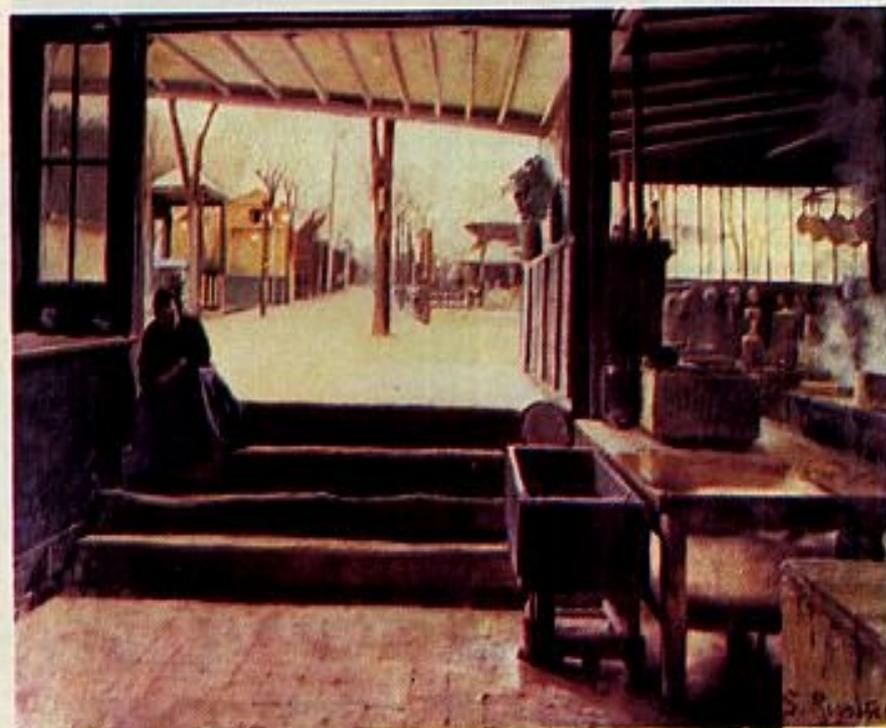
A comienzos de 1922, un grupo de intelectuales y artistas granadinos decidieron llevar a cabo un proyecto

(4) Cartas inéditas. Museo Angel Barrios. Archivo del Patronato de la Alhambra. Granada.

gestado el año antes: realizar un Concurso de Cante Jondo que rescatase la decadencia que amenazaba la pureza de los grandes estilos flamencos en trance de desaparición y olvido. El patriarca del concurso era Manuel de Falla, ya entonces con proyección in-

ternacional, aunque documentos recientes parecen demostrar que la idea partió de Federico García Lorca y su grupo del *Rinconcillo*. Se convocaría a cantaores no profesionales, gente vieja, que conociera las primeras raíces del cante.

El concurso levantó una apasionada polémica discrepante en cierto sector granadino. El primero en dar el alabonazo reaccionario fue Francisco de Paula Valladar, cronista oficial de la ciudad, que desde la atalaya de su revista *La Alhambra*, clamaba: «dejémonos de cante jondo. Corremos, no lo olvide el Centro Artístico, el peligro gravísimo de que esta fiesta pueda convertirse en una española». Días más tarde, la voz joven de Federico García Lorca, en la conferencia «Importancia histórica y artística del primitivo canto andaluz, llamado 'Cante Jondo'», que inauguraba el programa de actos que los organizadores habían previsto para informar a la opinión pública, decía: «No es posible que las canciones más emocionantes y profundas de nuestra misteriosa alma estén tachadas de tabernarias y sucias; no es posible que el hilo que nos une con el oriente impenetrable quieran amarrarlo en el mástil de la guitarra juerguista; no es posible que la parte más diamantina de nuestro canto quieran mancharla con el vino sombrío del chulo profesional. Ha llegado, pues, la hora en que las voces de músicos, poetas y artistas españoles se unan, por instinto de conservación, para definir y



«La cocina del Moulin de la Galette».

exaltar las claras bellezas y sugerencias de estos cantos...» (5).

La controversia periodística local saltó a las páginas de la Prensa nacional: Eugenio Noel, antitaurino, anti-flamenco, inició la campaña en Madrid y pronto se fueron haciendo eco otras ciudades, que defendían el canto, serio y trascendente, como «una de las pocas cosas grandes que quedaban en España». Poetas, escritores, pintores, críticos avalaron esta idea con sus firmas: Juan Ramón Jiménez, Ramón Pérez de Ayala, Oscar Esplá, Ramón Gómez de la Serna, Fernando de los Ríos, Ginér de los Ríos, Federico Mompou, Joaquín Turina, Ignacio Zuloaga que, desde París, escribía a Falla: «Aquí se ha corrido ya la voz de ese sensacional acontecimiento y son muchos los artistas que piensan ir...». Desde Cataluña unían sus voces el gran músico Felipe Pedrell y Santiago Rusiñol, el «más flamenco catalán de todos los tiempos». Rusiñol sentía vivamente lo flamenco y en noches de juerga se ceñía la americana a la cintura, a modo de chaquetilla corta, y bailaba «un flamenco-catalán que quitaba er sentío», al decir de la Soleá, gitana vieja, modelo de todos los pintores de su época y que en su vejez conservaba el tronío y la majez de emperadora de sus buenos tiempos. Con esa gitana, recuerda María Rusiñol haber visto a su padre «arrancarse», una noche de juerga en una cueva del Sacromonte, donde la manzanilla «corría a chorro».

Santiago Rusiñol, que tenía una amistad antigua con Manuel de Falla, acudió a su llamada. Una noche de 1914, en la barcelonesa «Puñalada», de lo alto del Paseo de Gracia, el pintor catalán le había entregado al músico gaditano las simbólicas llaves de su residencia-museo del *Cau Ferrat*, para que en su piano terminara «El

(5) Eduardo Molina Fajardo. *Manuel de Falla y el «cante jondo»*. Universidad de Granada. 1962, págs. 178-179 y O.C.

RUSIÑOL EN PARÍS

París fue, para un importante sector de los pintores modernistas catalanes una especie de Tierra Prometida a la que, inevitablemente, había que ir en peregrinación. Era la Meca del Arte Nuevo. Rusiñol fue uno de esos peregrinos y su experiencia la plasmó en numerosas obras y literariamente, en las páginas de *La Vanguardia*, de Barcelona, en sus *Impresiones de Arte*.

En el Louvre descubrió a Boticelli, a Velázquez y a Leonardo da Vinci, aunque sus mayores elogios los dedicase al pintor florentino, al que calificó de «simbolista». A través de Zuloaga descubrió al Greco, del que en noviembre de 1894, adquirió en París dos cuadros para el Museo el *Cau Ferrat*.

La década 1889-1899 fue, tanto humana como artísticamente, la más importante de la vida de Rusiñol. Es el período de sus estancias en París. Allí conoce las fuertes corrientes antiacadémicas, que desputan con Cézanne, Van Gogh y Gauguin, cuyo «fracaso» coincide en la incomprensión de su «pintar diferente». En el Montmartre parisiense estudia a fondo la pintura de Renoir, Matisse, Monet, Toulouse-Lautrec y a su regreso a Cataluña es ya un impresionista convencido, sin que por ello pierda vigor su realismo.

La generación de Rusiñol sería la primera en descubrir que París era la capital del Arte Nuevo, cuando la meta de las generaciones anteriores había sido, tradicionalmente, Roma.

Otro pintor que le influiría, tanto como los maestros franceses, fue el anglo-americano Whistler, cuya obra estaba fuertemente marcada por el arte japonés. Rusiñol, entre otros tesoros, trajo de París una buena cosecha de «misterio», «niebla» y «lluvia», que seguiría tratando con las gamas de blancos y grises por las que tenía tanta predilección.

Sin romper del todo con las reglas académicas, Rusiñol se contagia en París de la libertad de crear y del arte de gozar la vida por encima de todo. Lo cual, en aquellos tiempos, se consideraba como revolucionario.

París fue también para Rusiñol una huida desesperada del medio familiar. Primero había sido la tiranía del abuelo, ante su deseo de dedicarse al arte y después la de su amante y celosísima esposa, María Rusiñol, en el libro de memorias que dedicó a su padre, viene para su controvertida actitud la más generosa comprensión. Cuando el pintor catalán marcha a París, su hija tenía cuatro meses. De tarde en tarde Rusiñol venía a Barcelona, pero se negaba a ver a su mujer y a su hija. Cuzart, el tutor de la niña, le pedía:

—Santiago, tendrías que conocer a tu hija. Va a cumplir 1 (2, 3, 4) años, es muy bonita. No sabes cómo se parece a ti.

—No, Cuzart. Pienso mucho en ella, pero no quiero verla. Sería una abadura demasiado fuerte. No me podría desprender; lo temo.

En uno de sus viajes, el tutor le encontró en *Cau Parés*. Rusiñol preguntó espontáneamente por su hija a Cuzart y éste se apresuró a proponerle: ¿quién que vaya a buscarla? Y bajando la cabeza le dijo: Vá.

Sin que nadie le dijera quién era, la niña se acercó a su padre y le dijo: ¡Tú te llamas papá! Pero, ¡esta criatura me conoces!, dijo el pintor profundamente conmovido. Y es que, desde pequeña, su madre le había enseñado cada mañana su retrato. Y ocurrió lo que tenía Rusiñol: los viajes de París a Barcelona se hicieron más frecuentes. Pero la vida familiar tardó años en consolidarse. ■ A. R.



Santiago Rusiñol, visto por Ramón Casas.

estación de «Andaluces» los esperaban el alcalde de la ciudad y el grupo de organizadores, con Manuel de Falla a la cabeza. Eran unos de los primeros animadores que llegaban para asistir a aquel memorable concurso que rehabilitó el cante jondo, celebrado en la placeta de los Aljibes de la Alhambra, las noches del 13 y 14 de junio de 1922. De esta estancia de Rusiñol en Granada hay un arsenal de anécdotas famosas, llenas de gracia. Una noche en la taberna de Polinario, en los días previos al concurso, Oscar Esplá propuso que todos los presentes, se estilaban con unas copillitas andaluzas. Rusiñol fue uno de los primeros en lanzarse, imitando irónicamente los cantos de los «Coros de Clavé» por flamenco. Como el estilo no fue admitido como *jondo*, improvisó estos fandanguillos:

*He visto un municipá
ensima la losa fría,
con el sable ladeno
y la visera torsia...*

Su chispeante gracia le valió ser aclamado como «el rey del cante jondo». El nuevo monarca inauguró su reinado con una ronda de cañas de manzanilla y hermosas lonchas de jamón de Trévez. Este reinado vino a unirse al otro que el pintor catalán se había conquistado, como apasionante fauno de los jardines de Granada. ■ A. R.

amor brujo», y en Sitges dio fin a la obra el maestro.

Rusiñol llegó a Granada con Ignacio Zuloaga, en el «Rápido del Sur», la noche del 30 de mayo de 1922. En la